

Amelia Valcárcel

SEXO
Y FILOSOFÍA

Sobre «mujer» y «poder»



ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

CAPÍTULO II

¿ES EL FEMINISMO UNA TEORÍA POLÍTICA?

Hace algunos años, a mediados de la década de los ochenta, Gabriel Jackson me comentó, en un aparte privado tras una excelente lección pública de historia contemporánea, que en realidad el feminismo era el movimiento social que le asombraba. Le asombraba porque tras su experiencia personal de este siglo, y teniendo en cuenta sus conocimientos históricos de siglos inmediatamente anteriores, el cambio *revolucionario* más notable a que se podía referir era el feminismo. Apurando un poco veía en él la única revolución que había triunfado, así como el solo movimiento que en verdad había variado el aspecto de nuestra sociedad. Y no es que Jackson sea sospechoso de veleidades grupusculares o de atamán de la liberación femenina. Él mismo añadía que le había sido difícil, al principio, entender las formas en que el movimiento se presentaba y que no advertía la ganancia que de él se siguiera: ¿qué ganaba una mujer *liberada*? En apariencia, mayores cargas. Y, para su sorpresa, las mujeres de las sociedades industrializadas, la gran mayoría, no sólo el reducido grupo de las militantes, lo prefería.

Al movimiento feminista le acompaña la incompreensión

desde sus albores y ha tenido matices diferentes, al fin, es un tópico alardear de lo incomprensible que es en general la fémína. Y se habla de incomprensión en lo que se refiere a aquellas posturas verdaderamente interesadas en entender sin conseguirlo. Por el contrario, la literatura misógina, masculina y femenina, ha alcanzado cotas sobresalientes de comprensión de los objetivos tanto del sufragismo como de su heredero el feminismo. Pero, muchas veces, incomprensión y misoginia se confunden porque utilizan retóricas parecidas.

En su honor hay que decir que la misoginia es mucho más antigua, segura y prepotente. Es sacra y constitutiva de la cultura, no ha pasado de moda nunca y tiene cultivadores clásicos, preferentemente célibes, que se manifiestan como misóginos, simplemente, por fijar y verbalizar lo que el resto asume sin su crispación. En sociedades que ni siquiera conocen la mínima vindicación de igualdad, la misoginia y sus textos están presentes a modo de lujo, y llevar la conversación a su terreno es un recurso común entre varones del que echar mano en las situaciones comunicativas inciertas.

Sin embargo, la incomprensión necesita de la presencia de una fuerza actuante, una vindicación de que nutrirse. Oportunidades ha tenido en las dos ocasiones históricas que más audaces fueron en el tema de la igualdad entre los sexos: la Ilustración sofística y la europea del siglo XVIII.

Ilustraciones y feminismo

Presionada por la potencia del paradigma de la isonomía, la Ilustración griega conoce movimientos de opinión emancipatorios que cesan con la tiranía macedónica, pero que dejan sus rastros en la literatura, la filosofía y la historia de la época, y aún se perciben en las escuelas morales helenísticas así como en las religiones. La Ilustración sofística produce el pensamiento de la igualdad entre los sexos.

o lo convencional de las barreras nacionales, o la absurdidad de la esclavitud, como uvas del mismo racimo que se reclaman unas a las otras. Sin embargo, lo que nosotros conocemos mejor es la reacción aversiva que tales prédicas producen: las chanzas bifrontes de Aristófanes, la *Política* de Aristóteles, la recogida de Platón. Y, con tal material, no es raro que se haya dado en ver en este último a un feminista racionalista, siendo así que lo que hace es travestir la igualdad de los sexos en una comunidad de mujeres, justificada en una preparación espartana para la guerra. Como fuere, y prefiramos leer el tema en Platón o en los alegatos de la *Praxágora* de Aristófanes, nunca se traspuso el límite práctico.

Algo similar sucedió en la Ilustración europea. Repetidas las vindicaciones de igualdad, y, como en la Antigüedad, formando siempre parte de una polémica, nos encontramos con tibios igualitarismos —Voltaire— y profundas misoginias —Rousseau—, polémica tópica sobre la igualdad de los sexos cuyo comienzo hay que situar en el preciosismo del XVII y en el cartesianismo, que amasan la corriente de opinión que la sustentará un siglo más tarde.

Desde una perspectiva purista, ya las utopías del Renacimiento asumen tangencialmente el tema (Moro, por ejemplo). Si algo caracteriza a las polémicas feministas es que no son nuevas. A decir verdad, tienen más bien aspecto recurrente, parecidos argumentos, actores similares.¹ En este sentido, solemos entender por feminismo cierto tipo de

1. Para esta recurrencia cabe buscar explicaciones históricas, por ejemplo, o de otra índole. Weininger lo justificaba de un modo muy notable. En la obra cumbre de la filosofía misógina, *Sexo y carácter*, al constatar que indefectiblemente algunas mujeres y algunos varones no concuerdan con la distribución de papeles sacralizada, y que en muchas épocas históricas se produce el alegato contra esa escisión, explica que ello se debe a características sexuales omnipresentes. Dado que varón y mujer son los extremos ideales del *continuum* sexual es de esperar que muchos individuos no sean propiamente lo uno ni lo otro. Pues bien, en ese tracto epiceno es donde se produce la protesta. Y como ha de existir siempre ese género mixto, siempre ha de esperarse la disconformidad. El mismo argumento sirvió para la tradición psicoanalítica.

pensamientos alrededor del tópico de la igualdad que se producen polémicamente y se estructuran en las Ilustraciones, sin que ello comporte vinculación con prácticas sociales masivas. En verdad, es casi un género, y como tal se habría mantenido si no fuera porque la Ilustración del XVIII, al lado de la expansión colonial, fundó un desarrollo técnico industrial que iba a cambiar el aspecto de la sociedad profundamente. La polémica feminista ilustrada podría haber corrido la misma suerte arqueológica de los textos griegos, si no fuera porque lo que en tiempo aprendimos a llamar el *desarrollo de las fuerzas productivas* obligó a reajustes sociales e ideológicos imprevisibles en sus comienzos.

La decadencia de la explicación religiosa del mundo, la legitimación utilitarista, el abolicionismo, los derechos del hombre, las libertades civiles, arrastraron, no sin saltos y vueltas atrás, la literatura vindicativa, con la novedad de que —en lo que Hegel llamaba una época de cultura universal— el cambio social parecía al alcance de la mano. La revuelta de las mujeres es inseparable de las sociedades industrializadas y puede demostrarse que es un fenómeno inducido cuando ocurre en países que no lo están. Es, como si dijéramos, producto del exceso, de la riqueza, del ocio..., en lo que se parece a otros muchos movimientos y teorías. En el siglo XIX y comienzos del XX, los objetivos de este movimiento de opinión se concretaron en la lucha por el voto, equiparación política entre hombres y mujeres que el sufragismo entendía como llave de otras transformaciones. Conseguido éste, con la épica que se tenga a bien conceder, no se produjo el *mundo al revés* que predecían los caricaturistas e, inmediatamente, se cantó el ocaso del feminismo.

De la mala costumbre de las muertes anunciadas

Me viene a la memoria que a este tema se le ha dado carpetazo ya en varios siglos, y en el nuestro varias veces sin que ello le obligue a desaparecer. Por otra parte, es mu

distinto cerrarlo por incomprensión que hacerlo por militancia. La militancia suele enfatizar los buenos días pasados, su agitación y fervor, deplorando la atonía de los sucesivos presentes. La incomprensión anuncia siempre el óbito de la insensatez y saluda la nueva prudencia instaurada.

Los totalitarismos de entreguerras se propusieron conscientemente *poner las cosas en su lugar* tras el antinatural liberalismo corruptor, decadente, democrático. El feminismo era cosa del pasado, propiciado por un estado débil y atomizador que la familia fascista *neopatriarcal* (siempre esta manía de asociar lo más viejo con la moda) hacía innecesario. Las mujeres serían liberadas de su esclavitud en las fábricas, se harían madres —*madres viriles* en algunas formulaciones— y el nuevo orden debería reconducir a viragos y quejicosas, los dos tipos primordiales de inadaptadas, hacia un género de autoestima específica que no implicara competencias antinaturales con el varón. En las filas de las revoluciones logradas, simplemente, ya no había problema: la igualdad entre los sexos había sido establecida por decreto y el feminismo resultaba también anacrónico.

Por si no le bastara su inutilidad, no faltaron quienes encontraron sus debilidades profundas: había sido un movimiento impopular, blando, sin implicaciones sociales básicas, insolidario, que tuvo una fuerza histórica sólo coyuntural. Y a nadie pareció importarle que varios de estos rasgos que se le atribuían fueran contradictorios entre sí.

Y he aquí que, sin contar con ello, cuando la mejor de las calmas chichas —la mística de la feminidad— parecía instalada tras los excesos fabriles de la economía de guerra, la Gorgona levanta de nuevo la cabeza y, coincidiendo con los preparativos del 68, retorna la revuelta de las mujeres. Encima, sin objetivos políticos evidentes que articulen su lucha y legitimada ésta por una serie de obras a caballo entre las conocidas vindicaciones y la teoría política. Desde la óptica que normalmente se conoce como crítica de la cultura hay un precedente de primer orden a tal nuevo estilo: *El segundo sexo* —obra de la que se dice en ocasiones,

para evitar su importancia, que es la teoría feminista del existencialismo, y que en su tiempo fue considerada un catálogo de las ocurrencias personales de Simone de Beauvoir— enseñaba cómo las cosas debían ser hechas, traspasaba el nivel vindicativo y, utilizando una terminología no creada para ello, mostraba la sangrante existencia de una división conceptual del mundo que ya no era necesaria: el patriarcado como un vasto sistema simbólico de dominación, de escisión.

El segundo sexo parecía surgir en polémica con una fenomenología de la mujer,² que la misma corriente fenomenológica o las teorías del valor habían producido, al menos en sus márgenes. Georg Simmel, Max Scheler y sus círculos, jugaron un gran papel en la redefinición de lo femenino que se produjo paralelamente a la lucha o la consecución del voto. Extrapolando la terminología fenomenológica, apuntalaron el venerable edificio patriarcal y tuvieron una inesperada y arrasadora ayuda: el psicoanálisis. Éste se esmeró en idéntico trabajo, hipostasiando *lo macho* y *lo hembra* como límite de la conciencia. Una de las legitimaciones, la última, se avalaba con el peso de la ciencia, la otra con la lucidez filosófica.

Utilizar los paradigmas científicos no era nuevo. Los fundadores de la psicología, que estimaban en mucho a la frenología, Lombroso, Ferrero y el propio Binet, habían hallado no una, sino cientos de diferencias específicas entre masculino y femenino, utilizadas como proyectiles contra el sufragismo, aquel que era, según Moebius, movimiento de semivarones, conducido por semimujeres, que desnaturalizaba *lo mujer*. Y tales discursos no habían hecho más que espesarse durante cincuenta años. La innata bisexualidad que el psicoanálisis heredara de Weininger servía para re

2. La misma corriente que le respondió en su propio lenguaje, por ejemplo la obra fenomenológica *La mujer* de Buytendijk, publicada en castellano por Revista de Occidente en 1955. Respuestas, hay que hacerlo notar, que prefirieron tomar la mejor senda del diferencialismo galante.

clasificar y calificar de *ser a medio camino* a cualquiera no satisfecho con el dualismo santificado. Este dualismo, *El segundo sexo* lo analizaba en sí y en sus figuras. Primero, la relación entre varón, *definiens*, y mujer, *definiendum*, como constitución del sujeto por *lo Otro*; después en las figuras de lo femenino que tal constitución producía. Significativamente, la obra terminaba con una tremenda frase de Marx: «La relación inmediata, natural, del hombre con el hombre es la relación del hombre con la mujer», que continuaba: «Del carácter de esa relación puede concluirse hasta qué punto el hombre se ha comprendido a sí mismo como ser genérico, como hombre. La relación del hombre con la mujer es la relación más natural del ser humano con el ser humano. Aquí se hace evidente, por tanto, hasta qué punto su naturaleza humana se ha convertido en su naturaleza». Rescatar este notable planteamiento, recolocar, abominando del esencialismo, de nuevo el tema en el dialélico naturaleza-cultura, fue la obra de la teoría feminista de finales de los sesenta.

Polémica feminista - teoría feminista

Las modernas teorías feministas se gestan con el mayo del 68, por lo común dentro de grupos radicales de pensamiento y acción política en los países del área anglosajona. Vinculadas a esas peculiares izquierdas, las nacientes teorías utilizaron el aparato marxista o el freudomarxismo. Esta gestación, que sus autoras consideran consecuencia de una radical *Verstehen* —«nos dimos cuenta de que no hacíamos más que decir que sí a los hombres que decían que no»—, está no sólo marcada por tal origen teórico, sino por la serie de compromisos previos con los que hubo que hacer balance.

El primer feminismo norteamericano será conducido durante una década por obras de mujeres que, habiendo tomado parte en luchas políticas antirracistas, antibelicistas

—Firestone, Millet, Mitchell, Steinem, etc.—, se aperciben de que en los respectivos movimientos de sus vanguardias políticas cumplen un papel subsidiario —el tradicional— y que, aun desviviéndose por la causa, la causa no se desvive por ellas. Pero no por eso cortarían sus lazos teóricos y afectivos con tales movimientos sino que intentarían, con desarrollos de la misma teoría, completarla y hallar el sino que la revolución femenina tiene en paralelo, hombro con hombro, con los demás movimientos emancipatorios. Nada de raro tiene que las obras que se producen presenten un aspecto misceláneo: marxismo, freudismo, populismo, apoyados por datos provenientes de la antropología, la psicología, la historia, la teoría de las ideologías, la teoría de las crisis, la economía política, la semiótica..., que se resuelven en el reconocimiento de una común opresión, la crítica de la vida cotidiana y la busca de explicaciones del origen último de la experiencia vivida cuya autoconciencia hay que provocar.

Porque el movimiento feminista debe tanto a estas obras escritas como a una singular organización: los grupos de encuentro, en que sólo mujeres desgranar, turbada y parsimoniosamente, semana a semana, la serie de sus humillaciones, que intentan comprender como parte de una estructura teorizable. Pasar de las quejas a las explicaciones; he aquí un programa. Sin embargo, estas explicaciones están predirigidas, sobredeterminadas y, además, no siempre comprensión es liberación.

Lo peculiar de estas teorías es que no se limitan a ser vindicaciones, como lo fueron la mayor parte de las finiseculares, y —si el dato sirve— tampoco cuentan con uno o dos egregios varones que las patrocinen, como en aquella circunstancia. Igual que se deciden a reunirse solas, quieren pensar solas. Sólo que esta intención no se puede llevar a la práctica; de hecho, estas reflexiones de mujeres se instrumentan con el utillaje teórico que más a mano tienen, lo que las fuerza a entrar en temas heredados de tales corrientes.

Ahora el trabajo teórico de los setenta nos parece varado en cuestiones que, si no se toma perspectiva, son bizanti-

nas: la especificidad de la lucha, la contradicción principal, naturaleza-cultura, pero en su tiempo fueron tónica de obligado contraste. Ningún texto, tampoco los textos feministas, puede leerse sin la exigible distancia hermenéutica. Y los textos de tipo fundacional la necesitan aún mayor. Sólo a base de militancia cabe suponerlos cerrados, esto es, sacrales.

De los orígenes a las causas

Naturaleza-cultura diseñó el casi completo campo de las discusiones, que funcionaron sólo en la medida en que tal terreno se aceptaba. O bien el origen de la opresión femenina estaba en la naturaleza, en cuyo caso su lucha era contra natura (lo que no es demasiado grave),³ o bien la cultura imponía pautas interesadas sobre una desigualdad natural poco dramática. Se recorrieron además los restantes subconjuntos: naturaleza apoyada por la cultura,⁴ naturaleza violentada por la cultura, ausencia de naturaleza, etcétera. En la mayor parte de los textos, la igualdad jusnaturalista originaria —no precisamente de modo heurístico— servía para demostrar lo aberrante del presente y del pasado. Pero, puesto que existía sobre ella una desigualdad universal e ilegítima, debía ser explicada desde su origen. La opresión de las mujeres era un resultado. Su origen, salvo teorías que partían, como la de Firestone, de planteamientos biólogos, debía de buscarse en una confabulación que se habría producido en tiempos remotos. Y, por este expediente, las más arcaicas teorías antropológicas del siglo XIX fueron resucitadas.

3. Esperanza Guisán revisó la falacia naturalista de los términos *natural* y *naturaleza* en un trabajo que, valerosa e irruptivamente, tituló de ese modo: «Contra natura», *Revista de Filosofía* (Madrid) (julio 1983).

4. Sobre todo en la defensa del patriarcado, naturalmente: p.e., S. Goldberg, *La inevitabilidad del patriarcado* (1973), Madrid, Alianza, 1976.

Se acudió a categorías engelsianas, pedidas por la formación marxista, en general extraídas por el mismo Engels de los balbuceos de la antropología cultural, mezcladas con Bachoffen, Bebel, Brifault, que explicaran el mundo perdido, el mundo antes de toda dominación. Si se encontraba, entonces había que explicar el cómo y el porqué de la pérdida del paraíso, el motivo, el tamaño conceptual de la manzana consumida en la noche de los tiempos. Ir al origen llegó a significar el buceo en esos macroideologemas del pasado siglo —el matriarcado, las formas familiares *primitivas*, la filiación, el animismo—, implicados en el romanticismo y el decadentismo, semilleros de la identificación mujer-naturaleza. Se indagó en el telón que el romanticismo pintó y llamó protohistoria para descubrir el momento del pecado, de la caída en la historia.

Engels lo conocía: la esclavitud de las mujeres se hace coincidir en *El origen de la familia* con la instauración de la propiedad privada, y ésta con el conocimiento por parte del varón del hecho de la generación. Patriarcado, dominio del varón, coincidía con patrilinealidad, es decir, la propiedad sobre las mujeres que garantizaba la legitimidad en la filiación, *sine qua non*, de la herencia. La herencia, quintaesencia de la admisión de la propiedad, era la entrada en la historia de los modos de producción, modos también de dominación. Si como explicación no era gran cosa, como mito de los orígenes cumplía pasablemente, aunque sus argumentos fueran circulares. De todos modos, Engels no había hecho más que recoger, y aun ordenar, la gama de especulaciones que situaban un matriarcado primitivo en los límites de la protohistoria. No cabe dudar de su veraz interés emancipatorio. Por si fuera poco, Engels hacía surgir de esta primera opresión patriarcal todas las demás formas de explotación del hombre por el hombre a las que se conocía como *modos de producción*. Anunciaba el horizonte utópico: identificados modos de producción y períodos históricos, el alba del socialismo terminaría con la dinámica de las explotaciones, la del hombre por el hombre de modo inme-

diato y, con un poco de ayuda, la de la mujer por el hombre, que, en feliz frase de Engels, es *el proletario del proletario*.

Todo este conglomerado supuestamente explicativo resultó atractivo y útil a la teoría feminista, muchas de cuyas cultivadoras eran ya previamente adictas a ese tipo de explicación, pero introdujo un problema. Si se admite tal marco, no cabe dejar a un lado que, catecismalmente, una parte no puede hacerse sin la otra: la liberación de las mujeres depende de una revolución que termine con la liberación de todos los oprimidos. El problema para un movimiento que vive de acciones inmediatas es: ¿por dónde empezar? O mejor, ¿dónde deben luchar las mujeres?, ¿quiénes son sus aliados estructurales?, ¿cuáles sus pactos naturales? Sin contar con el peor de los interrogantes: ¿por qué las mujeres no luchan?

En tal contexto nació una de las dos polémicas que ocurrían a la teoría feminista de los setenta: se la solía conocer por *la contradicción principal*. A la segunda, igualdad-diferencia, habrá que referirse más tarde.

En aquellos primeros intentos, el término alienación daba una explicación casi completa al por qué las mujeres no luchaban. Más difícil era probar que los aliados necesarios en la lucha por la emancipación eran varones y mujeres de toda una larga serie de grupos oprimidos: proletarios, homosexuales, negros, hispanos, drogadictos, delinquentes, marginados y, apurando, subnormales. Lo sorprendente es que tales postuladas alianzas hacían de la mitad del género humano un grupo marginal, cualitativamente, es de suponer. Y, la verdad, identificarse con algo tan heterogéneo no era una necesidad que saltara pasionalmente a la vista.

Era preciso afinar y abstractizar el concepto de opresión para que realidades tan disímiles se apreciaran como combates contra un único sistema de dominación de injusticia paranoide. Y había dos candidatos: el capitalismo y el patriarcado. La teoría feminista se convirtió en una polémica

sui generis. Ya no era vindicación contra incomprensión, con el *basso* continuo de la literatura misógina. Curiosamente, aunque esa forma tradicional de la polémica fue intentada,⁵ nadie se dejó seducir por la oportunidad. La polémica se daba ahora dentro del seno del movimiento teórico, teoría contra teoría, feminismo contra feminismo, síntoma inmediato de vitalidad y afirmación.

Sexo contra sexo o clase contra clase, a decir verdad, las soluciones se situaban, con muchos matices, entre ambos. Es obvio que a una mujer le resulta fácil pensar que el causante genérico de su marginación es el hombre, de manera que, utilizando la *doxa* y la *epistemé*, había que encontrar un determinante que fuera más allá de esta mera apariencia. El patriarcado era un sistema de dominación, el capitalismo de explotación y el patriarcado capitalista una improvisada síntesis.

Incluso siguiendo la línea ortodoxa de esperar la solución socialista —en la hipótesis de que no debían ser tenidos en cuenta los socialismos existentes—, ¿dónde luchar primero? ¿Sería el capitalismo incapaz de asumir sin reventar la liberación de las mujeres? La incomprensión se producía dentro de las corrientes progresistas. Al principio, el feminismo y sus teorías fueron ignoradas, y el que sólo mujeres las elaboraran fue más resultado del desinterés de las cabezas pensantes que una consecución de autonomía. Sólo a ellas —las mujeres— parecía inquietarles la contradicción principal; los jefes de fila únicamente se aseguraban de vez en cuando de que no se cayera en *feminismo burgués*, es decir, en sexo contra sexo y admisión del sistema. No había cuidado, incluso el sexo contra sexo era un sistema, el patriarcado en su forma capitalista o el patriarcado en su for-

5. Debe recordarse el éxito relativo de obras militantemente antifeministas como las de Ester Vilar (que su marido reclamó tras el divorcio) o la ya citada de Goldberg, que tuvieron grandes tiradas y varias ediciones. Sus autores se convirtieron de la noche a la mañana en figuras estelares de los *media*, en especial la Sra. Vilar, en el área castellanohablante.

ma socialista. El socialismo verdadero era la desaparición del patriarcado. Cuando esto se complicaba con discusiones de táctica o estrategia se hacía simplemente interminable.

Si las luchas sociales que le eran contemporáneas imponían al feminismo su terminología, sus problemas, su tópicca, era más grave que le condicionaran sus soluciones, y peor aún —en algo dirigido inmediatamente a la acción— que marcaran los límites del discurso, el nivel de las polémicas posibles. Nadie ignora que la elección de enemigos es tan importante como la de camaradas. Si las teorías feministas debían contrastarse: 1) con la literatura misógina; 2) con los marxismos escolares; 3) con freudismos neoyorkinos, y, de paso, dar explicaciones que fueran de recibo en tales ámbitos sin olvidar las reivindicaciones concretas —contra el discurso estatal y teológico— ni la captación de militancia no particularmente letrada, a nadie extrañará que la teoría feminista produjera un género a caballo entre el periodismo, el *agitprop* y la confesión general. La incompreensión se cebaba ahí. El principal problema, se dice, por el que la teoría feminista no ha conseguido cierto *status* es ese aspecto periodístico que, por una parte, resta vigor a los planteamientos conceptuales y, por otra, la modela vindicativo-lacrimosa. ¿Es que la teoría feminista es algo más que resentimiento aliñado con terminologías importadas? Se olvida que es como se la recibe, como se la obliga a ser.

Hasta los ochenta sólo cierto tipo de explicaciones era de recibo en los círculos progresistas. Cualquier teorización que no admitiera los márgenes del discurso y su retórica, que no fuera justamente trivializadora, periodística, no fue admitida en el concurso de las opiniones. Y, a pesar de la acusación de lacrimonía, la exposición de una teoría feminista debía comportar mucho sentido del humor, sobre todo eso, nada de crispaciones o aparente solidez: contar la opresión femenina sin épica, sin palabras fuertes, con elegancia y gracia. Porque la opresión de las mujeres tiene mucha gracia en sí. En caso contrario, era resentimiento en primer grado.

Bien, de hecho las primeras teóricas surgieron de las filas del periodismo y eran quienes mejor podían adaptarse a estas silenciosas y potentes exigencias. Condicionadas por ello, cuando se dirigieron a espinosos temas filosóficos de obligado transitar, sin la formación que el caso exigía, cayeron en la trivialidad o el dogmatismo. Hay excelentes agitadoras, no hechas para la *vida de la ciencia*, que se esfuerzan en producir obras teóricas monumentales que caen en el perfecto vacío. La teoría feminista tardó un poco en alcanzar la división del trabajo y, cuando lo hizo, algunas de sus primeras cultivadoras se sintieron decepcionadas, con el riesgo de confundir su ocaso con el ocaso y la diversificación con la desaparición. ¿No hay acaso una explicación clara y única para una opresión vivenciada con igual nitidez? En un momento pareció que el movimiento ya no podía seguir a las teorías. Y este *impasse* era crisis de crecimiento aunque hubo quien lo vivió como un final.

a) *Burguesas y proletarias*

Necesitada de legitimarse, esta primera teoría feminista, por mor de sus condiciones de génesis, ante todo de cara al marxismo, validador de su *status* progresista, asumió las consecuencias del tema de la contradicción principal. Y así fue de los orígenes a las causas.

Un sistema de explotación debía ser radicalmente atacado, denunciado. Toda mujer, con independencia de su pertenencia a una clase social concreta, era víctima de tal sistema. Pero, ¿cómo vincular un género que traspasaba las clases? Expresiones del tipo *casta* (Abbà, Ferri, etc.) legitimaban la unidad en la lucha, la convertían en específica y permitían una vinculación peculiar con los partidos políticos —paralelismo— a los que no se les veía demasiada intención de llevar la antorcha. Algunas mujeres ya introducidas en ellos, justificadas por la casta, podían formar organizaciones sectoriales. Esta dinámica se agotó pronto. Las orga-

nizaciones de mujeres se escindieron en dos bloques que recibían sólo a sus propias predicadoras o predicadores: las que esperaban la liberación dentro de políticas globales, que se conocieron como *feminismo reivindicativo*, y las que globalizaban el mismo feminismo como teoría política, *feminismo radical*. Los enfrentamientos eran encarnizados y las acusaciones de traición constantes. Se calentaron muchas sillas y se estropearon algunas laringes.

La aceptación de la tópica marxista no quedó ahí. Sucedió que, seducidas por el althusserianismo, algunas teóricas decidieron probar con el concepto de clase social y encontrar ya no el origen, sino la causa económica del sexismo. Y encontraron, ¡oh consternación!, que la noción de clase social le iba como un guante a la situación de las mujeres: el modo de producción doméstico, invariante histórica que confirmaba el patriarcado como primer sistema, se asentaba sobre la apropiación del trabajo gratuito de las mujeres y era la causa del conformismo de los varones ante otras formas de explotación, incluidas las que éstos podían sufrir. Con el capitalismo y la entrada de las mujeres en la producción extrafamiliar, la doble explotación se había convertido en norma.

Hubo entonces dos ortodoxias: la casta y la clase social, ambas surgidas de tener que encarar un problema impuestro, la contradicción principal.

b) Igualdad-diferencia

Admitido por todas que el feminismo suponía una transformación de la sociedad, aún enemistadas sobre la cuestión del enemigo, a este tópico llegado de fuera vino a superponerse otro fabricado en casa. Si existe una línea política más o menos propia, hay una opción de poder, y las relaciones de las mujeres con la idea de poder no puede decirse que sean fáciles. La exigencia de concreción de la utopía, de su positivización, dio origen a algo inesperado: la

polémica feminismo de la igualdad - feminismo de la diferencia.

El discurso feminista ilustrado, vindicativo, no separa igualdad-diferencia, aunque suele interpretarse como discurso de la igualdad. Por supuesto pregona la igualdad de derechos y oportunidades, pero, hasta en Stuart Mill, se advierte la creencia de una naturaleza femenina diferente de la masculina, incluso mejor. La libertad de la mujer —mantuvo el feminismo clásico igualitarista— mejoraría el mundo, cambiaría el sistema de valores, aportaría cualidades esenciales para la convivencia. El vindicar la igualdad legal o social nunca conllevó la indistinción de sujetos. Ahora, en la teoría feminista de los setenta, la pregunta era: en el nuevo mundo exigido y exigible, ¿acaso las mujeres repetirían las nefastas equivocaciones de los varones, se volverían viragos y les enmendarían la plana en lo que toca a errores y crueldad? ¿Las mujeres serían el poder o el antipoder?

Aunque los varones no se sintieron tentados de militar en las filas del feminismo radical, acogieron gozosos esta manera de entrar en liza. Mientras que casta o clase fueron polémicas desdeñadas (lo más asombroso de la fidelidad del feminismo al marxismo es que no fue correspondida en absoluto), la igualdad-diferencia les tentó. Aprovechando una supuesta alogia de la mujer que permite poner sobre ella aspiraciones contradictorias, los desesperados del fracaso de *la-revolución-a-la-vuelta-de-la-esquina* se apresuraron a buscar un lugar teórico a las mujeres en la casa del señor y sus teorías. La mujer bien podría ser una parte del sujeto revolucionario en cuya busca se desesperaban. Justificaba su pretensión la cercanía de *la mujer* con la naturaleza, su falta de discurso, su carácter de antipoder. Territorio no corrompido, se moldeaba según gustos contradictorios.

Se marcó, no al feminismo pero sí a las mujeres, un camino (Lardreau, Bahro, Harich) que exigía una declaración de principios: dueñas inconscientes de un discurso diferente, esperanza de la humanidad, universalidad material de la especie, *lo* mujer, si el feminismo no lo extraviaba,

salvaría al mundo. Ahora bien, para lograrlo tenía que seguir siendo lo que era, no entrar en el poder o la competencia, no entrar en *lo* hombre. Se exigía una declaración de intenciones a un genérico, no se dialogaba con las teorías feministas, presas del espejismo igualitario. Sin entrar en cómo es posible tomar orgulosamente lo que son prendas acuñadas en la servidumbre, ni cómo se ejerce el antipoder, parece que los teóricos marxistas no agradecen el esfuerzo de la teoría feminista que les reconoce su deuda. O bien ocultan pudorosamente hablar de ella, o bien ofrecen a un genérico la participación en el sujeto revolucionario casi a lo Fourier (1/29 para ser exactos).

El horizonte utópico, y lo decía Bloch, que sabía bien de qué hablaba, si sirve para frenar la acción, es una trampa. La exigencia de utopía para el feminismo lo fue a sabiendas. Pero, de los errores también se aprende.

Si las pacientes fuerzas de lo femenino debían construir, pasivamente, un mundo nuevo y mejor, una sociedad de *Praxágora*, donde los terrores acumulados por lo viril desaparecieran, se invalidaba el carácter ilustrado-igualitario de las teorías feministas. Bajo la idea de que reivindicar asuntos inmediatos era burgués o reformista, era ceder al poder que corrompe, surgía de rebote no tener que apoyar aspectos sociales, que no serían del agrado de los varones —posible base aún no convencida—, del imaginario proletario medio, en cuya caza se salía. El discurso de la diferencia no espeluzna en principio a los varones, es más, es su fuerte; lo que no suponen es que se le pueda dar la vuelta compaginándolo con una teoría del poder, pero este asunto queda para más adelante. Recapitulando, igualdad o diferencia definiéndose por la utopía y la contradicción principal por el sistema, acapararon las polémicas teóricas. En tal situación se llegó a los ochenta.